

Escuchad todavía sobre este particular la autorizada palabra de M. Guizot: «Los mejores filósofos, dice, dejan subsistir en el mundo y en el alma humana la estatua de Dios, permitásenos la expresion, mas solo la estatua, una imágen, un mármol. Pero al Dios vivo lo suprimen: los cristianos son los únicos que lo poseen.»

Y sin embargo, la verdadera idea del Dios verdadero; el verdadero sentimiento de la justicia verdadera, y la verdadera, fórmula del sistema social verdadero, no pueden pasar desapercibidos al hombre. La unidad debe elevarse sobre la multiplicidad. Dios no ha enviado jamás al mundo el castigo de quitarle un depósito, una custodia, donde se salvara la unidad de doctrina, la santidad de moral, la universalidad social; siempre ha existido Iglesia una, santa, católica. En el diluvio la unidad, la santidad y la universalidad se salvaron en el arca; despues del diluvio y antes de JESUCRISTO se salvaron en el pueblo de Dios; despues de JESUCRISTO en la autoridad pontificia.

La mision del pontificado es, pues, conservar la unidad de principios, la santidad de legislacion y la universalidad del bien, á través de las olas del diluvio doctrinal, de las prostituciones del paganismo sentimental, y de las fracciones y cismas de la sociedad universal.

El pontificado ha cumplido siempre esta mision sagrada, sin que á los que con él han sido investidos les importara tener que desempeñarla bajando á las catacumbas, subiéndose al patibulo, estrechando la mano de los césares ó derribando con sus anatemas las coronas.

En el siglo IV san Agustin escribió entre otros un libro, que intituló: *De moribus Ecclesie catholicæ*: en él encontramos una descripcion compendiosa, sencilla y completa de la influencia de la santa Iglesia en la sociedad. Desde el siglo IV la Iglesia no se ha desviado una sola pulgada del camino en que el Águila de Hipona la veia y la admiraba. Al observar á la Iglesia siguiendo impávida su marcha á través de las herejías, de los cismas, de las utopias é ingratitudes, encuéntrase un no sé qué de consolador repitiendo las siguientes palabras de aquel libro:

«Tú adoctrinas y ejercitas puerilmente á los niños, enérgicamente á los jóvenes, suavemente á los ancianos, á todos, atendiendo no solo al desarrollo de sus cuerpos sino á la situacion de sus almas. Tú sujetas casta y fielmente las mujeres á los varones, no con el fin de

que satisfagan sed liviana, sino con el de que propaguen la especie y ordenen la sociedad doméstica; tú constituyes á los varones cabeza y a autoridad de las mujeres, no para que se atropelle al débil sexo, sino para que se le haga participante de las leyes del mas integro amor; tú unes los hijos á los padres, con una especie de esclavitud voluntaria; tú antepones los padres á los hijos, para que ejerzan sobre ellos un piadoso dominio; tú ligas los hermanos á los hermanos con el lazo de la Religion, mas firme y mas íntimo que el de la sangre; tú estrechas con el vínculo de la caridad mútua todo género de parentesco y de afinidad, respetando las sagradas relaciones de la naturaleza; tú enseñas que los criados deben sujetarse á sus señores mas bien por la complacencia del ministerio que por las necesidades de la condicion; tú adviertes á los señores que deben estar mas inclinados á instruir que á castigar á sus siervos, aplacándoles la consideracion que comun señor de todos es Dios; tú unes los ciudadanos á los ciudadanos, y las naciones, no solo en sociedad sino en una especie de fraternidad recordándoles su comun origen; enseñas á los reyes que miren propicios á los pueblos, adviertes á los pueblos que se sujeten á los gobiernos; tú enseñas asidua á quiénes se debe honor, á quiénes afecto, á quiénes reverencia, á quiénes temor, á quiénes consuelo, á quiénes advertencia, á quiénes reprehension, á quiénes disciplina, á quiénes castigo, manifestando de qué manera no á todos se debe todo, y á todos se debe caridad, y á nadie injuria.»

III.

La encíclica del día 8 de diciembre considerada en sus relaciones con la mision del pontificado y el actual estado de la sociedad.

La breve consideracion de lo que tenemos expuesto hasta aquí deja comprender la grave responsabilidad que contrae ante Dios y ante los pueblos el hombre que el Espiritu Santo elige por piloto de la nave *Iglesia*; sagrada verdad es que *los labios del sacerdote guardan la ciencia*, mas no lo es menos que *la ciencia de los sacerdotes está definida por los labios del Papa*. La doctrina de los sacerdotes es la única salvadora de los pueblos; la doctrina del pontificado es la

que constituye el altísimo criterio del sacerdocio. Colocándose en este punto de vista se comprende toda la trascendencia de aquella palabra de JESUCRISTO á Pedro: *Apacienta mis ovejas.*

La misión del pontificado puede reducirse á estos concisos términos: sostener y propagar la verdad; sostener y combatir por la justicia. La inmoralidad y el error son al pontificado, lo que las tinieblas á la luz: donde el espíritu del pontificado penetra, la injusticia y el error desaparecen, como desaparecen las tinieblas donde penetra un rayo de sol.

Las palabras proféticas de Zacarías al Precursor de Jesucristo son aplicables al sacerdote investido del pontificado supremo: «Tú, ó niño, tú serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor preparando sus caminos: enseñando la ciencia de la salvación á su pueblo para el perdón de los pecados... para alumbrar á los que yacen en las tinieblas y en la sombra de la muerte; para enderezar nuestros pasos por el camino de la paz.

*Pacificar santificando, ilustrar vivificando, ilustrar y pacificar preparando á los pueblos los caminos por los que han de dirigirse al Señor; mostrarles á JESUCRISTO, diciéndoles como Juan: Ecce, vedlo ahí, agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi;... testimonium perhibui quia hic est Filius Dei (1): «Es el cordero de Dios, es el que quita los pecados del mundo, ... dí testimonio de que es Hijo de Dios;» en estas pocas palabras se reduce la misión del pontificado; que es decir á los pueblos vacilantes: *Ecce*, ahí teneis la verdad; la verdad es JESUCRISTO que vino á quitar los pecados del mundo: la verdad es la palabra, la doctrina del Hijo de Dios, y le teneis aquí *ecce*.*

Y los pecados del mundo son el error en orden á la doctrina; la injusticia en orden á la moral, y no hay cosa en la vida que deje de pertenecer á uno de estos dos órdenes, por lo que todo en el mundo es moral ó doctrina, y por lo tanto justo ó injusto, verdadero ó falso.

No hay doctrina alguna que no sea verdad ó error: no hay historia alguna que no entrañe la justicia ó la injusticia; y como donde

(1) San Juan, cap. 1.

quiera que hay error y donde quiera que hay injusticia se necesita la luz de la verdad ó la ley de la justicia que lo aclare y rectifique, de ahí que la acción del cristianismo se extiende á todos los ramos de la economía social. El cristianismo no solo ha venido á reformar el templo, sino el mundo con todas las instituciones, los sistemas, las costumbres y las creencias. Donde quiera que hay error, el cristianismo le persigue, le alcanza y lo disuelve. No importa que se llame error político, error moral, error económico, error religioso: ¿es error? pues está diametral y completamente enemistado con la verdad.

No importa tampoco que se atropelle un derecho en nombre de la política ó de la ciencia ó de la economía ó de la religion: ¿es un atropello? Pues es contra la santidad de la justicia; y allí está la protesta del cristianismo para rectificarlo, como en el anterior caso se deja oír la definición del cristianismo para condenarlo.

La misión del pontificado es mas difícil cuanto mas numerosos son los errores y las injusticias entronizadas en la sociedad, y cuanto mas completa es la confusión de lo falso y de lo injusto con lo justo y verdadero.

La época actual es entre las que han formado la historia una de las que mas alarmante confusión presentan de doctrinas erróneas y sentimientos justos, y de principios verdaderos con sentimientos depravados. Es nuestro tiempo un vastísimo campo donde se hallan amontonadas las ruinas de las antiguas escuelas del error, derribadas por el espíritu cristiano, y las ruinas de las instituciones cristianas, destrozadas por el polvo de las arruinadas doctrinas, agitado y levantado por el huracán de las pasiones. Si tratamos de examinar seriamente este montón de escombros, encontraremos, entre el asqueroso barro que el cristianismo derribó, celestiales cuadros de virtudes debidas al genio católico, preciosas alhajas con que la fortuna católica habia embellecido el edificio social. Si escucháis bien, oiréis grandes fragmentos de doctrina católica de boca de enemigos de la Iglesia; grandes fragmentos de doctrina anticatólica de labios de amigos del catolicismo. Aquí escucharéis maestros que combaten el catolicismo en nombre de la democracia, inspirándose en el sentimiento católico de la fraternidad; allí encontraréis quienes defienden el catolicismo en nombre de la autoridad, dejando traslu-

cir en sus escritos el encono de las mas impías pasiones. Quien resiste á la infalibilidad, distintivo de las definiciones pontificias, y se aplica la infalibilidad de la Iglesia á su doctrina personal: quien rechaza de la Iglesia la unidad en nombre de la unidad del género humano; quien se insubordina contra el dogma del juicio final, negando la libertad de la conciencia, y reclama la responsabilidad de los gobiernos ante un tribunal popular, queriendo realizar, mientras dura el tiempo el juicio, que la Iglesia católica aplaza hasta al fin del tiempo, única época en la que las injusticias podrán ser plenamente procesadas, por no haber dado antes todos sus frutos y consecuencias; quien dice que la fé degrada al hombre y luego con su razon convierte el hombre en irracional, en fósil, en piedra; quien no admite el carácter especial del alma y sostiene que la creacion no es mas que un espíritu; quien se insubordina contra el principio del mundo y echa las bases de una tiranía gubernamental contra todo orden establecido y establecible. Donde quiera veréis que se enseñan doctrinas odiosas y se abrazan amorosos sentimientos; ó que se exitan las masas con sentimientos indignos, sofisticamente apoyados en doctrinas de amor. Sí, la verdad católica y el error pagano, las obras de la ley y las de la insubordinacion, los frutos de la caridad y los del egoismo, todo está revuelto. Lo repetimos, es nuestro tiempo un vastísimo campo de ruinas. Atravesamos una region, donde chocan, como dos ráfagas de impetuoso huracan, el soplo enviado por el espíritu de verdad para vivificar la tierra, y el soplo del espíritu infernal para desquiciar por sus bases el edificio de la verdad. Todo anda confuso en el suelo y en la atmósfera. Nubes formadas por el negro vapor de la tierra, son tomadas por ángeles de luz que vienen á enseñarnos un nuevo orden, porque los resplandores de la verdad y de la caridad católica reflejan en ellas algo de sus rayos y las vuelven luminosas. Los hombres que no oyen la suprema voz de la verdad, saludan aquellas nubes, solo luminosas por los destellos de catolicismo que embeben, y exclaman: Hé ahí nuestro Evangelio. Pero, al acercárseles la luz, se liquidan é inundan la tierra de lo negro y vaporoso que contienen, y dejan en el aire lo luminoso y cristalino que habian recibido.

Y para que no se crea que así describimos la mezcla de lo bien y del mal, de la verdad y del error en nuestra época, inspirados por la inmensa pesadumbre de los progresos anti-católicos, recordamos estas

palabras de Proudhon, escritas en un artículo consagrado al estudio de las costumbres del siglo XIX: «Con qué espanto Royer-Collard, testigo de nuestra decadencia, repetiría esta sentencia: *La sociedad se halla pulverizada*. No le quedan mas que recuerdos, remordimientos, utopias, locuras, desespero.»

Contemplando con sutil mirada esta confusion, el P. Lacordaire, finalizó así su conferencia sobre la *constitucion de la Iglesia*: «Ahora es el tiempo, todo está arruinado, preciso es reconstruir, y la Iglesia católica sola puede sentar los fundamentos de un edificio inmutable, porque solo ella posee toda razon y todo amor, y porque el hombre es demasiado grande para ser fundado y salvo por otro medio que por la razon mas sublime y por el amor mas fuerte.»

Pues bien, la Iglesia debe á la sociedad cuanto puede hacer para salvarla; ella puede salvarla, ello lo debe, ella lo quiere, ella lo cumple. ¿Cómo puede salvarla?

Los principios salvadores están ya formulados, las virtudes organizadoras están criadas, el cuerpo social está elaborado, el espíritu divino se le ha ya infundido. Adán no debe hacerse, está ya hecho; la sociedad no debe redimirse, ya está redimida; lo que hay es, que así como la concupiscencia del mal insubordinó las pasiones materiales de Adán contra la verdad de las creencias y la justicia de los sentimientos, confundiendo lo humano con lo divino, despues de la creacion; en la sociedad, despues de la redencion, por medio de la que Cristo habia colocado todas las cosas en su lugar, el espíritu del mal ha vuelto á confundirse en muchas partes. La luz está creada; solo falta que luzea sobre las tinieblas y desvanezca el caos.

La palabra pontificia está encargada de hacer el nuevo día; ella continuamente lo produce, distinguiendo lo verdadero de lo falso.

Para esta distincion lo primero que importa es sacar incólume la integridad doctrinal y moral de la Iglesia, y luego manifestar, á la luz de la divina infalibilidad, dónde está la verdad y dónde el error de los principios é instituciones arruinadas y confundidas.

Hé aqui lo que ha hecho la autoridad suprema de la Iglesia en esta época de confusion. Todo lo precioso está salvado, conservado, enaltecido, destinado á una gloriosa restauracion de la sociedad cristiana. La mano pontificia es la que se alarga sobre los preparados elementos, y los examina, alambica, prepara y ordena á sus altísimos fines.

En cumplimiento de este divino y social ministerio, Pio IX ha elevado su voz en distintas ocasiones, para manifestar de una manera solemne á su hija la cristiandad el camino que le es conveniente seguir, entre los muchos que le ofrecia el genio ilusionado.

Las encíclicas principales fueron expedidas en los años 1846, 49, 56, 63, y finalmente en 1864. La primera con motivo de su elevacion al pontificado. Nada mas natural que, al tomar á su cargo la direccion de los intereses mas sagrados de la tierra, pasara en revista minuciosa las virtudes y los vicios, las verdades y los errores que en ella se debatian. La publicacion de la primera encíclica de Pio IX, no alarmó á la impiedad como le ha alarmado la última ¿por qué? ¿Acaso aquella contenia principios contrarios á esta? No solo no los contenia contrarios, pero ni siquiera divergentes; entonces se decia: ¡Qué mansedumbre se nota en el espíritu de Pio IX! ¡qué evangelico es su lenguaje!

La encíclica del año 49, expedida en Nápoles, fué recibida con mas prevencion. Juzgábasela ya con el criterio de los intereses, que la virtud de la fortaleza, no menos necesaria á un pontífice que los de la mansedumbre, habia perjudicado; juzgábasela ya en el tribunal de las pasiones; y sin embargo, ella empezaba dando á la Italia un testimonio de sincero afecto, y consejos cariñosamente paternales y sensatamente políticos. Después de la violenta expatriacion de un pontífice supremo, nada mas natural que el universo oyera de su boca el juicio de los principios en nombre de los que se le habia atropellado, y el de los que habian servido de punto de apoyo á su defensa y á la restauracion de su trono temporal, distinguiendo las posiciones respectivas del mal y del bien.

Las cuestiones suscitadas, el espíritu diplomático revelado con motivo de la guerra de Oriente; las doctrinas que propagaban los discipulos de cierta escuela, como á preliminares de la guerra de Italia, exigian una nueva amonestacion solemne á la cristiandad. El asiduo Pastor cumplió como siempre el deber de su ministerio: habló lógica, religiosa, socialmente; sus máximas eran de paz. Pero Dios permitió que el genio de la guerra triunfar; y que viniera acompañada de agravantes circunstancias la guerra de Italia, y con ella se produjeran grandes inquietudes en el ánimo de los católicos.

La encíclica del año 63 fué expedida en vista de la marejada de

la inmoralidad y de la sofisteria, creciente en todas las regiones, y en particular apoyada por la política del Piamonte, la que en su interesado afan de desautorizar cuanto de la Santa Silla procede, permitia, ya en aquella fecha, la propaganda de las doctrinas mas disolventes y anárquicas. Una advertencia sobre la cruzada anticatólica era indispensable. Pio IX la dió.

Finalmente, han llegado nuestros dias, y con ellos una situacion tal, que es preciso reconocer la oportunidad de toda palabra que derrame luz sobre los espíritus y preste robustez á las verdaderas doctrinas.

No es lo mas peligroso actualmente los malos principios que se emiten y secundan, sino la pretension de propagarse y secundarse muchos de ellos en nombre del cristianismo.

Concretando á nuestros dias el relato de la confusion de principios, vigente en nuestra época, vemos que nunca la hipocresia habia tomado las proporciones que hoy; la Europa y la América se glorian de haber traducido en sus instituciones el grandioso espíritu del Evangelio, y por regla general el nombre de JESUCRISTO es objeto de calificaciones respetuosas. Pero tras el cristianismo de las palabras, y lo que es mas, encubiertos con él, vienen los políticos de Inglaterra propagando en nombre de la emancipacion evangelica la injusticia política, moral, económica y el error religioso, é inspirando á los pueblos el gusto de libertad, mientras estrecha los grillos y la argolla de la pobre Irlanda; viene la Rusia, y sin renunciar al título de adversaria de las insubordinaciones perturbadoras, jactándose vanamente de ser cristiana en principio, evangelica en política, justiciera en moral, se constituye verdugo de una porcion escogida de la cristiandad; el martirizador de la Polonia se apellida: *apóstol del orden*; la Francia, en cuya corona se lee, en grado superlativo, el dictado de *cristiana*, la cristianísima Francia, como si olvidara la sagrada dignidad de que el cristianismo ha revestido la palabra solemne del hombre, y mas aun la del pueblo, contradice hoy sus promesas religioso-políticas de ayer, y mañana las de hoy, sancionando usurpaciones por ella condenadas, y dando motivo de tomar como amenazas para mañana las garantías que hoy ofrece; ella dice proteger al Papa y á la Religion, en nombre del espíritu cristiano; pero al Papa lo protege imponiéndole una línea de conducta cuando menos

peligrosa; á la Religion la protege, prohibiendo la publicacion de los documentos del Papa emanados, á los periódicos católicos, y lo que es mas, á los obispos católicos; si la Francia entiende por proteccion á la verdad católica la prohibicion hecha á los obispos de enseñarla, ¿no es posible que entienda por proteccion al gobierno pontificio la prohibicion de ejercer sus funciones esenciales? La Italia sanciona en nombre del derecho la descarada usurpacion de reinos y ducados enteros; se apropia, pretextando el mayor bien de la Iglesia, los dones que esta posee por la munificencia de otras épocas y de otros pueblos; la España se llama exclusivamente católica, y desatiende desdeñosamente las reclamaciones de los obispos, maestros de la fé, en punto á doctrina; llámase hija sumisa de la Iglesia, y la hija olvida cumplir lo solemnemente prometido á su padre. En ella se publican los errores de la filosofía alemana y francesa, en ella se enseña el krausismo y el materialismo, en ella se habla de Dios y del alma con gentil tecnología, y sin embargo, los que escriben así se llaman escritores católicos; los que enseñan así se llaman catedráticos católicos; el Estado que no quiere ó no puede impedir que se hable y escriba anticristianamente, se llama católico. En América se observa la misma confusion: allí se defiende la esclavitud por una parte, y no faltan quienes la defienden *cristianamente*, en nombre del respeto al derecho de la propiedad y á lo constituido; otros la combaten en nombre del cristianismo, mezclando en las defensas del hombre doctrinas idolátrico-panteistas. Casi por todas partes se da al error una patente de legitimidad, en nombre de la tolerancia cristiana; se confunde aquel liberalismo, que es la negacion de todos los principios de orden natural y sobrenatural, con la política generosa, noble, justa y popular, inspirada por el Evangelio; y apoyándose en los anatemas lanzados por el pontificado contra toda tiranía, se canoniza en nombre de la Iglesia católica los sistemas que, fundados en la tiranía de la inmoralidad, se muestran partidarios enérgicos, propagandistas activos de las doctrinas y costumbres cristianas; preténdese que la sociedad civil, aun la que admite en su seno todas las religiones, todos los cultos, todas las creencias, debe ser árbitra de la constitucion de las familias, y que la Iglesia debe encargarle la administracion de una parte de sus sacramentos; se crea un matrimonio seglar y se desea colocarle al lado del matrimonio divino; la sociedad ci-

vil exige á la Iglesia de Jesucristo explicaciones y temas para la administracion de los sacramentos del Bautismo y del Orden, y para llevar al colmo la confusion, se le exige que dé á las cenizas de sus enemigos la tierra santificada, que las honre con el rocío del agua de sus bendiciones, el incienso de sus sacrificios, con que premia la buena memoria de sus adictos. En fin, el mundo quiere que la Iglesia le llame cristiano, y la Iglesia se ve ridiculizada, ajada, perseguida en todas las partes del mundo. Esta confusion del mal y del bien, la Iglesia no la sanciona jamás: ella tiene una doctrina clara, una moral fija, un culto en armonía con su moral y con su doctrina; su Evangelio contiene afirmaciones y negaciones, alabanzas y anatemas; las cosas anatematizadas, los principios negados por el Evangelio están en el mundo, se desarrollan en el mundo, y quieren triunfar en el mundo. En el mundo hay cristianos y anticristianos.

El primer deber del pontificado es salvar la integridad, ó lo que hoy se llama *la autonomia de la Iglesia*.

Este deber ha venido á cumplir Pío IX con su encíclica del 8 de diciembre del año 1864.

¿Qué motivos ha dado para que contra su documento doctrinal se levante la atronadora cruzada de protestas que nos aturde?

¿Ha dado motivo á los católicos? No. Ellos reconocen la necesidad de fijar en terminos claros los limites de su doctrina, en períodos de confusion como el que atravesamos. Los equívocos son siempre peligrosos, pero el peligro es incomparable cuando se trata de principios religiosos. Solo el Pontífice tiene autoridad para hablar en semejantes materias; su jurisdiccion no puede ser contestada.

Pero ¿se ha extralimitado? ¿ha interpuesto su autoridad en cuestiones puramente políticas? No. Solo la parte moral y religiosa, que se mezcla en todas las cuestiones de la economía humana y social, ha sido objeto de sus aclaraciones. Aunque el Pontífice no distinguiera, distinguiría el carácter de que se halla investido. En que calidad habla Pío IX en su *encíclica*? ¿En calidad político? Seria irreverente afirmarlo; habla en calidad de pontífice, y como tal dirige su voz á todos los países, á los republicanos, á los constitucionales, á los monárquicos, y á ninguno les enseña la insubordinacion. La encíclica no dice á los cristianos rusos: «insubordinaos contra

el absolutismo;» no dice á los cristianos ingleses : «insubordinaos contra la Constitucion;» no dice á los cristianos de los Estados Unidos: «insubordinaos contra la república;» ella dice : «No acepteis ninguna especie de error, oponeos á su propaganda, protestad contra la confusion de lo verdadero y de lo falso; salvad la integridad de la fé y procurad que el género humano venga á la unidad católica.» Esto dice en sustancia *la encíclica* y esto puede y debe aceptarlo todo católico, cuyo supremo interés, como á tal, es todo lo que tiende á salvar la autonomia de la Iglesia.

¿Tienen motivo de combatir la encíclica los gobiernos y los hombres no católicos? Por cierto que no: ¿de qué se trata en ella? de la constitucion de un imperio terreno? nada de esto. Ella *reivindica*, reclama la reivindicacion de sus derechos, porque la usurpacion es una inmoralidad. ¿Hay alguno que se atreva á sostener que son una misma cosa la inmoralidad y la politica? La Iglesia es propietaria bajo dos conceptos: propietaria de una doctrina, propietaria de ciertos bienes. El que invade sus bienes, ¿atenta contra la Iglesia? ¿quién lo duda! Lo que convenido ¿podrá alguno sostener que la Iglesia se extralimita declarando adversarios suyos á los que contra ella atentan? ¿Su declaracion en este caso no es mas bien moral que politica? Es evidente. Los enemigos de la Iglesia pueden, si gustan, esforzarse en demostrar á los pueblos, que perjudica á sus planes reformistas, dejar á la Iglesia en la pacífica posesion de su imperio y de sus propiedades; pero la Iglesia está en su derecho de presentar al mundo, como atentadores á sus intereses, á cuantos pretenden realizar ó sancionar sus usurpaciones. ¿Y cómo no? Por ventura son ellos católicos? No, pues nos ocupamos ahora de los que manifiestamente declaran no pertenecer á nuestra comunión; y si no pertenecen á nuestra familia, ¿en qué apoyan su defecho de juzgar nuestros intereses y trazar nuestra linea de conducta? ¿Tratamos por ventura de los intereses de tal ó cual nacion, de los principios de tal ó cual sistema, de la administracion politica ó económica de tal ó cual partido? No; tratamos de los intereses católicos; en este punto solo la autoridad de la Iglesia tiene jurisdiccion clara y perfecta; solo la Iglesia puede decir: esta es mi doctrina; esta es mi conveniencia. ¿La doctrina de la Iglesia no os gusta? ¿La rechazais? Pues renunciáis voluntarios á llamaros sus discípulos; el anatema del pontificado no es

otra cosa que el cumplimiento de vuestro deseo; ¿la actual administracion de la Iglesia os perjudica, os repugna y la combatis? Pues, os colocais en litigio contra su altísima autoridad; el anatema de separacion que os lanza la Iglesia vosotros lo habeis provocado.

Pero vosotros sois mas fuertes que los defensores materiales de la Iglesia; vosotros casi teneis el *millon de fusiles* que desea un caudillo célebre para gritar *viva la libertad* desde el Vaticano desolado; vosotros teneis las escuadras de la protestante Inglaterra que os apoyarán, y los soldados de la Francia imperial que presentarán el arma al Papa fugitivo, regresando á París, despues de haber cumplido su católica mision; vosotros teneis todo esto, y el Papa no tiene mas que una guardia reducida, para velar el campo y la viña que aun no habeis invadido; vosotros invadiréis su propiedad y *consumaréis el hecho*. ¿Vuestro hecho consumado será un hecho político? No; será un hecho inmoral. El Papa os lo dice: ¿cómo os atreveis á afirmar que el Papa invade vuestras atribuciones, vosotros que habeis invadido y deseais acabar de invadir las propiedades del Papa?

Y si es infundado y absurdo sostener que el Papa se extralimita bajo el punto de vista político, ¿lo será menos sostener la extralimitacion bajo el punto de vista doctrinal?

¿Quiénes son los que combaten los principios de *la encíclica*? los racionalistas, los panteistas, los ateos, los que niegan la divinidad de Jesucristo, la infabilidad de su Vicario, la santidad de los sacramentos, el carácter inspirado de la Biblia.

Pero, para los racionalistas antes que Pio IX se extralimitó JESUCRISTO diciendo á Tomás: *Dichosos los que no han visto y han creído* (1), y san Pablo que escribió á los romanos: *Por el cual* (2) *nosotros hemos recibido la gracia y el apostolado para SOMETER Á LA FÉ por virtud de su nombre á todas las naciones* (3). SOMETER Á LA FÉ Á TODAS LAS NACIONES: ¡qué extralimitacion á los ojos de los racionalistas! pues ella es la extralimitacion de san Pablo y la de Pio IX.

Para los panteistas antes que Pio IX se habia extralimitado san Juan escribiendo: *En el principio era el Verbo..... todo fué hecho por él; nada de lo que ha sido hecho, lo ha sido sin él* (4).

(1) San Juan, cap. 20.

(2) Jesucristo.

(3) A los romanos, cap. 1.

(4) San Juan, cap. 1.

Para los ateos, antes que Pio IX se extralimitó David calificando de insensato á los que niegan á Dios en su corazon: *Dixit insipiens in corde suo: non est Deus* (1).

Para los protestantes, antes que Pio IX se extralimitó JESUCRISTO, diciendo á Pedro: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; á tí te doy las llaves del reino de los cielos; lo que atares en la tierra será atado en el cielo; lo que desatares aquí allí será desatado* (1).

Las extralimitaciones del pontificado son las del Evangelio, y esto es lógico: el Evangelio afirma la existencia del orden sobrenatural, la de la Divinidad, la de la revelacion divina á la tierra, la constitucion de una Iglesia perpétua, maestra de una doctrina, y del pontificado, al que el Espíritu Santo confió la declaracion de las sentencias con aquella conformes ó discordantes: afirmar el Evangelio es, pues, extralimitarse del orden natural, en el que y solo en el que dicen creen los racionalistas, los panteistas y los ateos; es afirmar la autoridad divina, que los protestantes niegan, revistiendo de divinidad al criterio individual.

En este sentido confesamos que el Papa *se ha extralimitado*. Si, las doctrinas pontificias *traspasan los límites* de la razon, aunque la razon la afirman y glorifican. Pero si *traspasan los límites* de la razon, están muy dentro la esfera de la Iglesia.

Tambien sobre este punto las acusaciones que se nos lanzan nos tienen sin cuidado.

Nos falta decir cuatro palabras sobre la causa del encono que se manifiesta en los recientes ataques á la declaracion pontificia.

Dos son las oposiciones de los adversarios de la Iglesia. Una es la de los hombres que han recibido ó se han atribuido un apostolado ateo, racionalista ó protestante; otra es la de los hombres que no se atribuyen otra mision que combatir la Iglesia católica, afeándola á la faz de los pueblos, valiéndose para ello del ridículo, de la calumnia y del sofisma. A la oposicion de los primeros la llamaremos: *positiva*; á la de los segundos: *negativa*.

Los primeros atacan las doctrinas de la Iglesia porque se oponen á las doctrinas que profesan; porque combaten el racionalismo, el

(1) Salmo 13.

(2) San Mateo, cap. 18.

ateismo, el panteismo, en fin, todos los principios y todos los errores de sus respectivas escuelas. Ellos toman las palabras del Papa en la forma que las ha dicho y segun el espíritu que las ha dicho. Porque tratando de combatir las en nombre de escuelas divergentes de la escuela católica no tienen necesidad de desfigurar su sentido y su texto.

La posicion de los segundos es mas difícil. Ellos han dicho que las doctrinas de la Iglesia son antisociales, anticivilizadoras, rancias é incompatibles con la actual sociedad. Como es todo lo contrario, y como lo contrario se deduce de la *enciclica*, su primera tarea es ridiculizar la autoridad de que emana; truncar el texto verdadero, ó comentarlo extravagantemente, para exclamar luego: *Ecce homo*.

Es decir: á los primeros les interesa discutir *la enciclica* tal como es, en nombre de sus principios: á los segundos les interesa presentar *la enciclica* como no es, en nombre de sus pasiones. Los primeros se han alegrado de su aparicion; á los segundos esta les ha entristecido. Unos y otros confirman su verdad y su importancia; aquellos queriendo combatirla en nombre de sus escuelas, y no encontrando principios bastante fuertes para contrarestarla; estos queriendo impedir de todas maneras la manifestacion de su verdad, en nombre de sus intereses, y no consiguiendo sino ponerla mas de relieve. Ambas tácticas contribuyen á la mayor glorificacion de *la enciclica* y á poner mas en evidencia que en el orden religioso, ella refleja el espíritu de todos los concilios; en el orden moral sanciona todos los derechos; en el orden político solida la bondad de todas las *instituciones*.

La consideracion de estas tres grandes manifestaciones de su verdad ocupará los tres siguientes capítulos.

IV.

En el *orden* religioso *la enciclica* refleja el espíritu de todos los concilios.

La accion de la Providencia divina en la historia es una verdad indemostrable por lo evidente. Existe una trabazon en los acontecimientos, una armonia perfecta entre la sucesiva aparicion de los er-